En la carrera hambrienta,
unos brincaron sobre rincones endurecidos de nieves heladas
y otros equilibraron su caminar.

24º Más juegos.

Aún continúa entero el barrigudo muñeco de la plaza.

Los sudores le cuelgan enteros por los redondos de su cuerpo.

La algarabía de niños que perdieron la ocasión contra aquella pared bajo un alero, inició una nueva osadía. Desperdigados en grupos, el más infantil creó la cabeza. Las niñas, con mimo de trenzas anudadas con lazos rojos, azules y verdes, rodaron el pecho. El grupo más fornido giró y giró bolas de nieve sobre sábanas blancas y ventisqueros hasta alcanzar el grosor conveniente para un vientre sin piernas… ¡Quién podrá detener la imaginación!

La colocación de la torre de bolas superpuestas, derritió en sudores el cansancio de sus cuerpos de niño.

Ni el viento, ni el sol pusieron trabas a los trabajos.

La fantasía sumó imágenes de ojos, de labios, narices, orejas, brazos…

—¡Al corro la patata…! —gritaron cantando estentóreamente, mientras giraban y giraban como una rueda…

—¡Comeremos ensalada…! —la merienda…

Incansable trabajo, tenaz y constante empeño. Ni el cansancio ni el agobio, sólo la palabra de la canción se lo despertó… ¡Comeremos…!

En la carrera hambrienta, unos brincaron sobre rincones endurecidos de nieves heladas y otros equilibraron su caminar por los senderos desnudos que prestaron su

manto de sábana a las bolas amontonadas en imagen que, poco a poco, daría razón a los iconoclastas.

—¡¡Corred con las meriendas!! ¡El sol derrite vuestro orgullo!

Rodearon, a mordiscos de pan y chocolate, o chorizo, o… y defendieron su escultura durante la tarde que acabó rápidamente, endureciendo con hielos de luna y de estrellas la diosa de bola blanca por cabeza, de bola blanca por pecho, con vientre de bola blanca…

Cuando sintieron que el refresco nocturno mantenía los contornos de su dios, mancebo u hombre, en definitiva: su muñeco de nieve… sin mirar los caminos ni las veredas, se recluyeron a sus casas.